



DON PEDRO SALINAS.

Nuevo romance, de los arrojós, muertes y valentías que hizo este caballero, natural de la ciudad de Jaen.

Escuchenme los valientes
 los que presumen de altivos,
 preciándose de alentados,
 y de armas guarnecidos,
 que andais como horribles fieras
 por ciudades y caminos;
 suspended vuestra arrogancia,
 mientras que paso á deciros
 del mas valeroso joven,
 que en este mundo ha nacido.
 En la ciudad de Jaén,
 cabeza de su partido,
 nació Don Pedro Salinas,
 de nobles padres, y ricos:
 lo criaron con regalo,
 siendo de muchos servido.
 Era en toda la ciudad
 el tal Don Pedro aplaudido
 por sus generosidades,
 y su cortesano estilo.

A los veinte y cuatro años,
 que eran de su edad cumplidos,
 murió su padre, y dejóle
 de su caudal el dominio.
 Estando un día en su casa
 ha entrado un hombre afligido,
 diciendo: Señor Don Pedro,
 á valerme de su auxilio,
 vengo, porque de millones
 los guardas, en el camino,
 cuatro cargas me han quitado,
 que traía de tocino,
 y á mi me vienen siguiendo,
 para prenderme esto es fijo.
 Estando en estas razones,
 miró hácia la puerta, y vido,
 que entra el administrador
 con sus guardas muy altivo,
 para quererlos prender;
 y cortés Don Pedro dijo:

Señor ese pobre hombre
de mi á valerse á venido.
y lo tengo de amparar,
con que así á ustedes suplico,
el que le vuelvan las cargas,
y que se le dé un registro,
que aqui estan cuatro doblones,
no se le haga descamino,
que yo á tan grande merced,
siempre estare agradecido:
Y mirando hácia los guardas,
el administrador dijo.
Entren y saquen el reo,
porque yo empaños no admito.
Viendo la desatencion
Salinas quedó corrido,
y con grande disimúlo
en su cuarto se ha metido,
y previniendo una charpa,
se la puso, y al proviso
á un trabuco naranjero
siete balas le ha metido,
y haciéndoles cara á todos
desta forma les ha dicho:
Al que fuere desatento,
yo sabré darle el castigo:
disparó, y con tal violencia
salió del cañon el tiro,
que derribó cuatro guardas,
y al administrador, cinco:
los otros le dispararon,
viendo el estrago que hizo,
mas fué su fortuna tanta,
que ninguno le ha ofendido;
con que, dejando las cargas,
huyen los que quedan vivos.
Entrególas á su dueño,
y desta suerte le ha dicho,
que se fuera y á caballo
lo acompañó hasta el camino.
El se volvió á la ciudad,
donde le dieron aviso,
que el señor Corregidor
contra el tenia escrito
un proceso, y á la noche
se fué á su casa atrevido,
á tiempo que los porteros
todos estaban dormidos;
subióse á la sala, donde

estaba desprevenido
del caso el Corregidor,
quitóse el sombrero, y dijo:
Tenga, Usia, buenas noches,
y sepa, que soy venido,
á que me dé los papeles,
que contra mi tiene escritos;
esto ha de ser sin remedio,
porque ya es empeño mio.
El Corregidor turbado,
dandoselos, dijo amigo,
á eso solo es vuestro empeño,
asi os obedezco y sirvo.
Tomólos, y en su presencia
dos mil pedazos los hizo,
diciéndole asi: Agradezca
que con él no hago lo mismo,
pero si en la dependencia
se anda con mas escritos,
no dejaré en la ciudad
á mis manos hombre vivo.
Volviéndole las espaldas,
hácia su casa se ha ido;
y tomando dos caballos,
un mozo y un buen bolsillo,
á Sevilla se fué, donde
cargó de tabaco fino,
y á Jaen, para venderlo
ha tomado su destino:
y prosiguiendo su viage,
en la mitad del camino,
para quererlo robar,
diez gitanos le han salido:
Pero Don Pedro animoso,
al intante que los vido,
echó mano á su trabuco,
y al mozo señas le hizo,
y aun tiempo les dispararon,
siendo tan ciertos los tiros,
que de los diez, se quedaron
seis en el suelo tendidos.
y los otros se escaparon,
sin decir, á Dios, amigos.
En fin llegan á Jaen,
con contento y regocijo,
y á otro dia de mañana
á un costalero le dijo:
Ponte este fardo en el ombro,
y por las calles á gritos,

vé diciendo desta suerte:
Quién compra tabaco fino?
que quiero ver si los guardas
se me atreven á impedirlo;
y previniendo sus armas,
en su compañía se ha ido.
A la fábrica llegaron,
adonde la ronda vido
del tabaco, y él entonces,
quién compra tabaco? dijo:
y los guardas admirados
de ver este desatino,
temerosos y asustados,
ni una palabra le han dicho.
Luego el administrador,
por un papel que le ha escrito,
diciendo: que si queria
pagando á su precio fijo,
venderle todo el tabaco?
Don Pedro le ha respondido,
que si, con que á plata y oro
todo se lo ha reducido.
Se fué al reino de Valencia,
donde empleó en seda lisa.
Desde allí pasó á Granada,
porque un amigo le dijo,
como se despacha bien
el género referido;
pero en el pinar de Baza
un mal encuentro ha tenido
sobre defender su hacienda,
dió muerte á cinco vandidos;
y así que los vido en tierra,
á su criado le dijo
que les corte las cabezas,
y que las cuelgue en un pino;
y el mozo con desahogo
luego al instante lo hizo,
Y prosiguiendo su intento,
entró en Granada un domingo,
y en el meson de la Espada
con su seda se ha metido,
adonde por un soplón,
que á los guardas les dió aviso,
acudió toda la ronda;
Don Pedro así que los vido,
metiendo mano á sus armas,
dice: Qué se ofrece, amigos?
Y el señor guarda mayor

al instante á respondido:
Saber de un poco de seda,
que dicen, que usted ha traído,
y por cumplir con la orden,
el despacho es lo que pido.
Pero con grande frescura,
Salinas ha respondido:
Seiscientas libras de seda
son las que aqui traigo, amigos,
sin despacho, porque yo
nunca ando con papelillos;
pero si el despacho quieren,
les despacharé al proviso
desta suerte, y disparando,
á tres se llevó de un tiro:
los otros le dispararon,
y con solo cuatro tiros
á Don Pedro le quemaron
por tres partes el vestido.
Llegó el mozo por un lado,
que estaba puesto en aviso,
y de un fuerte trabucazo
á tres partió por el cinto.
En este tiempo á Don Pedro
quien es el soplón le han dicho,
y de un fuerte carabinazo
les ha soplado los sentidos.
A san Gerónimo fueron,
por librarse del peligro:
y así que vendió la seda,
del convento se ha salido
á una cierta dependencia,
donde un pícaro atrevido
con otros seis en compañía,
cabezas de poco juicio,
quisieron burlarse de él,
y Don Pedro enfurecido,
arrancando de un puñal,
como fiero basilisco,
á golpes y á puñaladas,
á tres les dejó tendidos:
y los otros se escaparon
huyendo, muy mal heridos.
Y Don Pedro y su criado,
para Malaga se han ido,
pero en la playa de Velez
le salieron al camino
diez y seis moros, que eran,
al parecer, argelinos.

50
Embistiéronle furiosos,
pero Don Pedro atrevido,
con su valerosa espada,
colérico y encendido
á golpes y á cuchillas
á todos los ha rendido;
y dejando cuatro muertos
manejó muy bien los vivos:
á Málaga llegó, y dando
al general los cautivos,
estimando su valor,
mucho se lo ha agradecido.
El señor marqués de Ledesma,
que estaba á este tiempo mismo
en Málaga con la orden
de nuestro invicto Felipe,
para ir al campo de Ceuta,
viendo su valor y brio,
le ha dicho: señor Don Pedro,
cierto, que yo agradecido
estimára, en mi compañía,
viniera á Ceuta conmigo,
dándole una compañía,
de granaderos altivos,
y que con ella sirviera,
al rey Don Felipe quinto.
Don Pedro le respondió,
mostrándose agradecido:
Yo estimo el favor tan alto,
y el mayor afecto mio
será siempre contra infieles,
defender la fé de Cristo,
y así, sepa su excelencia,
que á servir al rey me animo.
Entonces el general,
certificando lo dicho,
con apasible semblante,
le dió la mano de amigo.
Y á otro dia se embarcaron
en dos muy fuertes navíos,

y á Ceuta llegaron todos,
con contento y regocijo,
y á las primeras salidas,
que este caballero hizo,
se engolfó tanto en los moros,
con tal valor y tal brio,
que á pesar de todos, cuantos
estaban para impedirlo,
tres estandartes reales,
trajo en la plaza rendidos,
y á los pies del general
los puso, diciendo altivo:
Recíbalos su excelencia,
y pordone, señor mio.
El general le responde.
Estos son buenos principios,
y es justo que se premien,
con que así al premio me obligo.
Levantóse, en fin, el campo,
y á la Corte se han partido,
donde al rey el general
discreta informacion hizo,
de su esfuerzo y su valor,
y sus hechos referidos:
Y nuestro invicto monarca,
atendiendo á sus servicios,
una encomienda le ha dado
de Santiago bendito,
y coronel de caballos
luego al instante lo hizo,
donde gustoso se queda
sirviendo á Felipe quinto.
Dios lo libre y lo defienda
de los infieles altivos,
porque ganando victorias,
defienda la fé de Cristo.
Y aquí mi ingenio suplica
á mi auditorio atendido,
que me perdonen las faltas,
que estos versos han tenido.

FIN.

GARMONA:—1854.

Imprenta de D. José María Moreno, Descalzas n.º 1.